

agitó su ser, pues con verdadero horror, retrocedió respondiendo:

—Calle usted. Esa mentira es aún más odiosa que las otras. Me hace más daño. Me causa vergüenza el ver que no tiene usted el valor de su falta. Dios es testigo que hubiera encontrado algo digno de estima en usted si me hubiese dicho: "He dejado de amarla á usted. He sido preso por una querida. Me era cómodo mentirla á usted. La he mentido. He sacrificado á mi pasión mi honor, mis deberes, mis juramentos... á usted." ¡Ah! Hábleme usted de modo que vea la verdad. Pero que usted ose repetirme palabras de ternura después de lo que ha hecho me inspira repulsión, me es muy amargo.

—Sí—dijo Boleslas.—Debe usted pensar así. Verdadera y sencilla como usted es, ¿dónde había usted de haber aprendido á comprender lo que es una voluntad débil que quiere y no quiere, que se levanta y vuelve á caer? Y, sin embargo, si no la amase á usted, ¿por qué mentirla? ¡Ah! ¡Si supiese usted en qué momento me encuentra, en vísperas de qué día le suplico me crea, que lo mejor de mi ser no ha dejado de pertenecer á usted!

El recurso más fuerte que podría intentar para conmover aquel corazón de esposa, tan profundamente herido, era esta alusión á su duelo.

Puesto que ella no había hablado de él, era que lo ignoraba aún.

Así es que su agitación fué extraordinaria cuando ella le respondió probándole á qué grado de indignación había llegado, paralizándolo en ella todo, hasta el amor.

El repitió:

—¡Si usted lo supiera!

—Sé que se bate usted mañana—contestó Maud.—y también sé que por causa de su querida.

—No es cierto—exclamó él,—no es por ella.

—¿Cómo?—respondió Maud con creciente energía.—¿No ha sido por ella por lo que usted ha ido á la calle Leopardi á provocar á su rival? Pues no le es á usted fiel, y esto es justo. ¿No ha sido por su causa por lo que usted ha querido entrar en la casa á pesar del cuñado de ese rival, y que con este motivo han disputado ustedes, y de aquí ha nacido el duelo? ¿No ha sido por ella y para vengarse por lo que ha vuelto usted de Varsovia, porque ha recibido usted cartas anónimas que le han hecho saber lo que ocurría? ¡Y después de saberlo no le ha causado á usted repugnancia esa criatura! Si ella se hubiese dignado mentirle á usted, le tendría aún á sus pies; y osa usted decirme que me amaba cuando no ha sabido usted evitarme la afrenta de saber todas esas villanías, todas esas bajezas y vergüenzas por cualquier otro.

—¿Y quién ha sido?—preguntó él.—Dígame usted al menos el nombre de ese Judas.

—No pronuncie usted esa palabra—interrumpió Maud amargamente.—Ha perdido usted todo derecho para ello. Y no busque usted muy lejos. Yo no he visto hoy más que á la señora de Maitland.

—¡La señora de Maitland!—repitió Boleslas.—¿Es la señora de Maitland la que me ha denunciado á usted? ¿La señora de Maitland quien ha escrito los anónimos?

—Ha querido vengarse—respondió Maud, que añadió:—Tenía ese derecho, puesto que su querida de usted le ha robado su marido.

—Pues bien. También yo me vengaré—exclamó el joven.—Mataré á su marido después de matar á

su hermano. Los mataré á los dos. Al uno tras el otro.

—Su movable rostro, que hacía un instante había expresado la más apasionada de las súplicas, no expresaba ahora más que el odio y el furor, y el mismo cambio se había efectuado en su sensibilidad desordenada.

—A nadie tengo que complacer y lo veo bien claro. Entre nosotros todo ha concluido. Su odio y su rencor son más fuertes que su amor. De no ser así, usted me hubiera suplicado que no me batiera y me hubiera hecho después los reproches que me ha hecho al principio, que tiene derecho de hacerme, no lo niego. Pero desde el momento en que usted no me ama, ¡caerá la desgracia sobre quien se interponga en mi camino! Sí... Sobre la señora Maitland y sobre los que ella ama.

—Esta vez, al menos, es usted sincero—respondió Maud con un nuevo acceso de amargura.—¿Encuentra usted que no he sufrido bastantes humillaciones? ¿Querría usted que le suplicase, yo, su mujer, que no se batiese por esa criatura? ¿Y no comprende usted el ultraje supremo que es para mí este duelo? Además—continuó con una solemnidad trágica,—yo no le he suplicado á usted que viniese para tener una conversación tan dolorosa como inútil, sino para manifestarle mi resolución. Espero que no me obligará usted á recurrir, para ejecutarla, á los medios que me da la ley.

—No he merecido que me hable usted así—dijo Boleslas con altivez.

—Dormiré aquí esta noche—dijo Maud—por última vez, y mañana por la tarde partiré para Inglaterra.

—Es usted libre—dijo él inclinándose.

—Y me llevaré á mi hijo—continuó ella.

—¡A nuestro hijo!—respondió Boleslas con la sangre fría de un hombre que detiene un arranque de ternura.—¡Eso no!... ¡Yo lo rehúso!

—¿Usted rehúsa?—dijo ella.—Pues bien; pleitearemos. Ya sabía—añadió con altivez también—que me obligaría usted á recurrir á la ley. Pero no retrocederé ante nada. Al hacerme traición la ha hecho usted también á su hijo. No se le dejaré á usted. No es usted digno de ello.

—Escuche usted, Maud—respondió Boleslas después de un silencio y dolorosamente.—Piense usted que ésta es quizás la última vez que nos vemos. Si mañana sucumbo, usted hará lo que quiera. Si vivo, prometo consentir en todo arreglo que sea justo. Lo que pido, y tengo derecho á pedirlo, á pesar de mis faltas, en nombre de nuestros primeros años, en nombre de ese mismo hijo, es que me abandone usted con otra despedida, que tenga usted un momento, no diré de perdón, de lástima.

—¿Y la ha tenido usted para mí—respondió ella,—cuando trató de correr á su pasión pisoteando mi corazón? ¡No! Y se adelantó para ganar la puerta, fijando en él una mirada tan altiva que Boleslas bajó los ojos.—Usted no tiene mujer, ni yo marido... No soy una Maitland, y no me vengo con anónimos ni con denuncias. Pero, ¿perdonarle á usted?... Jamás; ¿entiende usted? ¡Jamás!

Y salió después de pronunciar esta palabra, en la que supo poner toda la indomable energía de su carácter. No intentó Boleslas detenerla. Cuando una hora después de aquella conversación su ayuda de cámara fué á advertirle que la comida estaba dispuesta, el desdichado continuaba en el mismo sitio, el codo sobre la repisa de la chimenea y la

frente sobre la mano. Conocía bien á Maud para esperar que su voluntad cambiase, y había en él mismo, á pesar de sus faltas y sus locuras, verdadera nobleza para emplear medios de violencia y retener á su pesar á la mujer á quien tan gravemente había faltado. Así, pues, ¡Maud partiría! Si hacía un instante él había exagerado la expresión de sus sentimientos diciendo, imaginándose más bien, que no había cesado de amarla, era cierto que al través de sus flaquezas sentía por ella una afección particular, mezcla de reconocimiento, de remordimientos, de estimación, y, preciso es decirlo, de egoísmo. Amaba en ella al corazón amante, del que estaba seguro por completo, y, después, como muchos maridos que engañan á una esposa irreprochable, estaba orgulloso de ella mientras la engañaba. Se le aparecía á la vez como la dignidad y la caridad de su vida. Era á sus ojos aquella á quien se vuelve siempre, la amiga segura de los días de prueba, el puerto después de la tempestad, la paz moral en las tormentas de las pasiones. ¡Qué existencia sería la suya cuando ella le abandonara! Porque esta resolución era irrevocable. Todo se hundía en torno de él. Había perdido, y en las condiciones más abyectas, á su querida, á la que había sacrificado el corazón más noble y más amante. Su mujer iba á partir quizás llevándose á su hijo. Había esperado para vengarse, y no había conseguido ver á su rival. Aquel ser tan impresionable había sentido entonces, ante golpes tan repetidos, un decaimiento tan absoluto, una indiferencia tal por la vida, que encontró agradable la perspectiva de exponerse al siguiente día, como iba á hacerlo, al mismo tiempo que una ola más amarga de rencor le inundaba el alma á la idea de todas las personas mezcladas á su

aventura. Hubiera deseado herir con su propia mano á la señora Steno y á Maitland, á Lydia y á Florent, y también á Dorsenne, por haberle dado aquella falsa palabra de honor que había exasperado su sed de venganza. Este tumulto de ideas creció cuando se sentó á la mesa sólo con su hijo. Aquella mañana había aún tenido frente á él la sonrisa y los ojos de su mujer. La ausencia de ésta le fué tan profundamente dolorosa, que quiso hacer una última tentativa, y después de la comida dijo á Luc que fuera á ver si su madre podía recibirles. El niño volvió con una respuesta negativa.

—Mamá descansa. Ha dicho que no se la despierte.

Así, pues, la cosa era irremediable. No volvería á ver á su marido antes del día siguiente, si él vivía, pues aunque Boleslas se había convencido aquella tarde que nada había perdido de su habilidad en el manejo de la pistola, ejercitándose en él ante sus admirados testigos, un duelo es siempre una lotería. Y si aquella posibilidad de una eterna separación no había conmovido á su mujer, ¿qué súplica la conmovería? La vió en su pensamiento sufriendo en las tinieblas de ese dolor que maldice y que jamás perdona. ¡Qué cruel le fué esta imagen! Y para que ella supiese al menos cuánto sufría él por un testimonio del que no dudaría, tomó á su hijo entre sus brazos y le estrechó contra su pecho, diciéndole:

—Si ves á tu madre antes que yo, tú le dirás que hemos pasado una noche muy triste... ¿No es verdad?

—Pero, ¿qué tienes?— exclamó el niño. — Me has mojado la cara. ¿Lloras?

—Tú se lo dirás... ¿Me lo prometes?— respondió el padre,— para que se cure viendo cómo la queremos

—Pero cuando hemos paseado juntos después del almuerzo no estaba mala... sino alegre.

—Pienso que no será nada—respondió Gorka.

Le fué preciso enviar el niño á su cuarto y salir. Sentíase tan horriblemente triste, que tuvo miedo de permanecer sólo en la casa. Pero, ¿dónde ir? Maquinalmente se dirigió al Círculo, aunque era muy pronto para encontrar compañía. Se reunió con Pietrapertosa y Cibo, que habían comido allí, y que, echados sobre unos de los divanes, conferenciaban en voz baja, con la seriedad de dos embajadores que discuten la cuestión de Bulgaria ó la de Egipto.

—Estás nervioso—dijeron á Boleslas, —tú que tan tranquilo estabas esta tarde.

—Sí,—insistió Cibo.—Debías haber comido con nosotros, como te habíamos dicho.

—Cuando uno se bate al día siguiente—continuó Pietrapertosa sentenciosamente—es preciso no ver ni á la mujer ni á la querida. ¿La señora Gorka no sospecha nada?

—Absolutamente nada —respondió Boleslas;—pero tenéis razón. Hubiera hecho mejor en no abandonaros. En fin, ya estoy aquí. Vamos á matar las ideas negras jugando y cenando.

—¡Jugar! ¡cenar!—exclamó Pietrapertosa.—¿Y tu pulso? Piensa en él. Temblarás y no vencerás. He visto á Casal en casa de Gastinne no hacer blanco en cincuenta tiros porque había jugado la noche anterior.

—Ligera comida—dijo Cibo,—acostarse á las diez, levantarse á las seis y media, y en seguida dos huevos pasados por agua y un vaso de viejo Oporto; esta es la receta de Machault.

—Y que yo no seguiré—dijo Boleslas.—Os doy

mi palabra que si no tuviera otro cuidado que este duelo, no me veríais en este estado.

Y pronunció estas palabras con voz tan trágica que los dos italianos comprendieron su sinceridad. Se miraron sin insistir. Estaban muy al tanto de las murmuraciones de Roma para no haber adivinado la verdadera causa del duelo entre Florent y Boleslas. Por otra parte, conocían demasiado á este último para no desconfiar tampoco de su aptitud. Sin embargo, había una tan clara emoción en su acento, que lo compadecieron espontáneamente y no hicieron objeción alguna á los caprichos de su fantástico apadrinado, al que no abandonaron hasta las dos de la mañana. Esto les aprovechó, pues Boleslas tomó la banca á eso de la media noche, á pesar del espectro evocado de Casal, y habiéndoles ofrecido un tanto por ciento en su juego, se encontraron al fin de una partida loca conque habían ganado cada uno doscientos ó trescientos luises. Significaba esto algunos días más de estancia en París en el próximo viaje. Así es que fué meritorio en ellos que se disgustasen por la suerte de su amigo, como lo hicieron al separarse.

—Tengo miedo por él—dijo Cibo.—Esa vena en el juego la víspera de un duelo, es muy mala señal... muy mala.

—Tanto más cuanto que *alguno* estaba allí—respondió Pietrapertosa haciendo con los dedos el signo que conjura la *jettatura*.—Por nada del mundo hubiera nombrado al personaje contra el mal de ojo del cual temía. Pero Cibo lo comprendió y, sacando del bolsillo del pantalón el reloj que llevaba en éste á la inglesa, con una cadena sujeta al cinto, mostró entre los dijes un cuernecillo de oro.

—No le he soltado durante la noche —dijo.—

Lo peor es que Gorka no dormirá. ¡Y el pulso!

El primero de estos pronósticos debía verificarse. Entre los hechos singulares que se observan en ciertas crisis de sobreexcitación nerviosa, es preciso colocar esa infatigabilidad, donde se gastan, sin duda, las reservas profundas de la vida, pero que en el momento parecen un milagro. Vuelto á su casa á una hora avanzada, Boleslas no se acostó; empleó el resto de la noche en escribir una extensa carta á su mujer y otra á su hijo para que le fuera entregada cuando tuviera diez y ocho años, en caso de desgracia. Pasó después revista á sus papeles y su mirada cayó sobre el paquete de cartas que había recibido de la señora Steno. Con leer solamente algunas y con mirar los retratos de la querida infiel, exaltóse aún más su cabeza, hasta el punto de que lo guardó todo bajo un sobre en el que escribió la dirección de Lincoln Maitland. No bien había cerrado el sobre, se encogió de hombros diciendo:

—¿Y para qué?

Y apartando la pantalla de la chimenea lo arrojó al fuego. Sorprendióle el alba removiendo con las tenazas los restos de lo que había sido la más ardiente, la más completa pasión de su vida, y examinando la llama sobre los pedazos de papel que habían quedado intactos. Este poco razonable empleo de una noche, que podía ser la última, apenas había empalidecido su rostro. Sin embargo, sus amigos, que le conocían tan bien, temblaron al ver aquella máscara, de una impasibilidad siniestra, cuando se apeó de su faetón, hacia las ocho, ante la posada señalada para la cita. Había pedido aquel carruaje la víspera á fin de engañar las sospechas de su mujer con la apariencia de una salida matinal, que era cosa habitual en él. Había olvidado dar

contraorden, y esta casualidad hizo que escapase á dos policías encargados de vigilar el palacio Doria, en virtud de la denuncia de Lydia Maitland. La victoria de alquiler que tomaron los agentes perdió bien pronto de vista la huella del fogoso caballo inglés, conducido como podía esperarse de un hombre de aquel carácter y que se encontraba en la situación moral de Boleslas. Por este lado, pues, la precaución de la hermana de Florent no resultó, como tampoco en lo que al último se refería, pues para evitar toda explicación con Lincoln, había tomado el partido, bajo pretexto de una visita al campo, de ir á la fonda á comer y á dormir. Allí fueron á buscarle Montfanón y Dorsenne para acompañarle al sitio de la cita en el clásico landó. Cerca del circo de Maxence, en la vía Apia, habían sido adelantados por el faetón de Boleslas.

— Puede usted estar tranquilo — había dicho Montfanón á Florent. — ¿Cómo quiere usted que se apunte bien después de haber fatigado el brazo de ese modo?

Era esta la única alusión que entre los tres se había hecho al duelo durante el trayecto, que duró cerca de una hora. Florent había hablado, como de costumbre, dirigiendo preguntas detalladas que atestiguaban su cuidado de minuciosas enseñanzas, la mayor parte capaces de ser utilizadas para su cuñado, y el Marqués había respondido evocando algunos recuerdos que llenan esa inmensa campiña sembrada de tumbas, de acueductos ruinosos, de villas lo mismo, encerradas en la admirable línea de los Montes Albanos. Dorsenne había permanecido silencioso. Era el primer asunto de aquella índole á que asistía y su angustia nerviosa era extraordinaria. Presentimientos trágicos le oprimían el cora-

zón y al mismo tiempo él temía que de momento en momento los escrúpulos religiosos de Montfanón se despertaran y que fuera preciso buscar otro testigo y remitir la solución de aquel asunto para otra ocasión. Sin embargo, la lucha que se libraba en el corazón del "viejo conjurado" entre el caballero y el cristiano, no se tradujo durante el camino más que por un gesto casi imperceptible. En el momento en que el carruaje pasó ante la entrada de las catacumbas de San Calixto, el antiguo soldado del Papa había vuelto la cabeza. Después reanudó la conversación con una extraordinaria verbosidad, para callarse de nuevo, cuando el landó tomó, un poco después de la Tumba de Cecilia, un camino transversal en dirección á la vía Ardéatine. Allí se encontraba la *Ostería del tempo perso*, construida sobre el terreno de propiedad de Cibo, donde el combate debía celebrarse. Ante aquella casucha, cuyo letrero tenía encima el blasón del Papa Inocencio VIII, tres carruajes esperaban ya: el faetón de Gorka, un landó que había conducido á Cibo, Pietrapertosa y el médico, y una sencilla *botte*, en la que había ido un cargador. Esta insólita reunión de vehículos podía proporcionar el riesgo de llamar la atención de los carabinieri; pero Cibo garantizaba la discreción del posadero, el cual, en efecto, tenía por su señor esa obediencia de vasallo aún peculiar en Italia. Así, los tres recién llegados no tuvieron que dar la menor explicación. Apenas bajaron del carruaje, la moza de servicio les condujo al través de la sala común, en la que en aquel momento se encontraban dos cazadores almorzando, con sus fusiles entre las piernas, y que, como verdaderos romanos, apenas se dignaron mirar á los que entraban. Pasaron éstos á un patiecillo, y des-

pues á un vasto cercado cerrado con vallas y plantado de algunos pinos. Este sitio había servido en otra época para la yeguada de Cibo, que había procurado aumentar sus exiguas rentas comprando á buen precio caballos destinados á ser engordados en el reposo, y vendidos después á los cocheros de punto mediante un corto beneficio. No habiendo resultado la especulación, el sitio quedó inculto y desocupado, salvo circunstancias parecidas á la de aquella mañana.

—Hemos llegado los últimos,—dijo Montfanón mirando su reloj.—Sin embargo, faltan cinco minutos. No olvide usted,—añadió en voz baja á Florent,—colocar el cuerpo de forma que presente menos blanco. Después de haber tirado, el antebrazo replegado en seguida en línea alta.

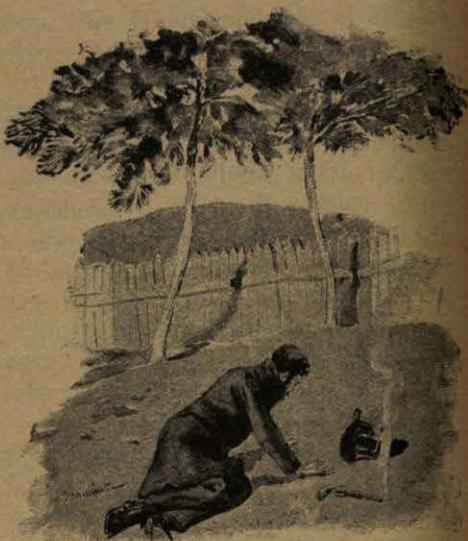
—Gracias,—respondió Florent, que miró al Marqués y á Dorsenne con ojos que de ordinario no tenía más que para Lincoln,—y saben ustedes que suceda lo que quiera, les doy las gracias desde el fondo del corazón.

El joven puso tanta afabilidad en esta despedida, su valor era tan sencillo, su sacrificio por su cuñado tan magnánimo y natural, en fin, en aquellos dos días los dos testigos habían podido apreciar tan bien el encanto de aquella admirable naturaleza desprovista de egoísmo, que le estrecharon la mano con la emoción de verdaderos amigos. Dedicáronse en seguida á la serie de preparativos necesarios, sin los que el papel de espectadores sería teóricamente insoportable á las personas dotadas de alguna sensibilidad. Entre gentes experimentadas, como lo eran Montfanón, Cibo y Pietrapertosa, estos preliminares se arreglan pronto. El código es preciso como la marcha de una bala.

Veinte minutos después de la llegada de los últimos, los dos adversarios estaban frente á frente. Se dió la señal... Los dos tiros salieron simultaneamente y Florent cayó sobre la yerba que tapizaba el cercado. Tenía un balazo en la pierna. Dorsenne ha referido á menudo, como rasgo singular de la mania literaria,

que en el momento en que el herido caía, á pesar de su ansiedad, había mirado á Montfanón para estudiarle, yañade que nunca ha visto rostro que expresase más

compasión dolorosa que el de aquel hombre, que desdenando todo respeto humano hacia en aquel momento la señal de la cruz. Era el devoto de las catacumbas, que había dejado el altar de los mártires para cumplir una obra de caridad, arrebatado después por la cólera hasta verse en la necesidad de asistir á un duelo, y que sin duda, pedía perdón á Dios. ¡Qué remordimientos se agitaban en el corazón de aquel cristiano ferviente, casi



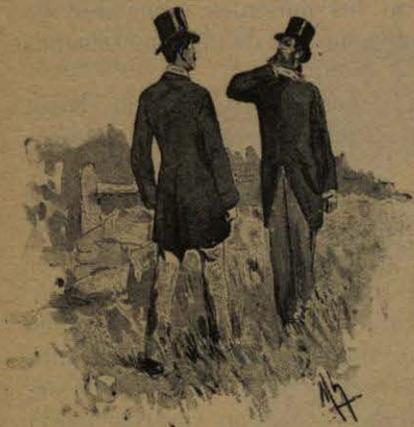
místico, y tan extrañamente mezclado á una aventura que había tenido un fin sangriento! Tuvo al menos el consuelo de que después de un primer examen, y cuando se hubo transportado á Florent á una habitación preparada para el caso por los cuidados de Cibo, el médico declaró que respondía del herido. La bala podría extraerse con facilidad, y como ni los huesos ni los músculos esenciales estaban lesionados, era cuestión de algunas semanas todo lo más.

—No nos resta — concluyó Cibo, que había traído esta noticia, — más que redactar nuestra acta.

En aquel momento, y como los testigos se preparasen á volver á la casa para cumplir con esta última formalidad, promovióse un inesperado incidente, que debía transformar aquel encuentro, hasta entonces vulgar, en uno de esos memorables duelos de los que se habla indefinidamente ante las chimeneas de los casinos y en las salas de armas. Si Pietrapertosa y Cibo no cesaron desde aquella mañana de creer en la *jettatura* de alguno, al que ni el uno ni el otro habían nombrado, preciso es convenir en que fueron muy injustos, pues la dicha de haber ganado con qué engrosar su bolsa parisién no era nada al lado de esta otra: tener que discutir con los Casal, los Machault y demás maestros, el caso casi único en que se encontraron mezclados. Boleslas Gorka, que una vez caído su adversario se había paseado á lo largo del cercado, sin parecer cuidarse de la mayor ó menor gravedad del herido, avanzó de repente hacia el grupo formado por los cuatro hombres, y con un tono que no permitía presagiar la increíble agresión á la que se iba á entregar.

—Un momento, señores,—dijo.—Desearía decir en presencia de ustedes algunas palabras al señor Dorsenne.

—Estoy á la disposición de usted, Gorka,—dijo Julián, que no estaba seguro de la intención hostil de su antiguo amigo. No adivinaba la forma que



iba á tomar esta hostilidad, pero tenia siempre sobre su conciencia su palabra de honor, falsamente dada.

—No será largo, caballero,—respondió Boleslas siempre con la misma política insolentemente ceremoniosa.

—Sabe usted que tenemos una cuenta que arreglar. Pero como tengo algún motivo para no creer en la validez del honor de usted, desearía evitar todo pretexto de huida.—Y antes de que nadie pudiera oponerse á aquel inaudito proceder, levantó su guante y golpeó á Dorsenne en el rostro. Mientras Gorka hablaba, el escritor había palidecido intensamente. No tuvo tiempo para responder al ultraje atroz que acababa de recibir con otro semejante, pues los tres espectadores de esta escena se habían interpuesto entre él y su agresor.

—Tengan ustedes cuidado—dijo.—Impidiéndome imponer al señor Gorka el correctivo que me

rece, me obligan á obtener otra reparación. Y la quiero inmediatamente. No abandonaré este sitio sin haberla obtenido.

—Y yo sin habersele dado á usted,—respondió Boleslas.—Es todo lo que pido.

—No, Dorsenne,—exclamó Montfanón que había sido el primero que sujetó el brazo ya levantado del escritor.—No se batirá usted de ese modo. No tienen ustedes derecho, en primer lugar. Es preciso que al menos pasen veinticuatro horas entre el hecho causa del duelo, y el duelo mismo. Y ustedes, señores, no aceptarán servir de testigos al señor Gorka, después que él acaba de faltar de una manera tan grave á todas las reglas de estos casos. Si ustedes se prestan á esto, es que quieren ustedes la barbarie, la locura. No es un duelo.

—Repito á usted, Montfanón,—dijo Dorsenne,—que no me iré de aquí, que no dejaré salir al señor Gorka antes de obtener la reparación á que tengo derecho en el acto.

—Y yo repito que estoy á las órdenes del señor Dorsenne, en el acto también,—respondió Boleslas.

—Muy bien, caballeros,—dijo Montfanón.—No nos queda más que dejarles á ustedes que arreglen el asunto como quieran, y retirarnos. ¿No opinan ustedes así?—continuó dirigiéndose á Cibo y Pietrapertosa que no respondieron directamente.

—Cierto que el caso es difícil,—dijo uno.

—Sin embargo, hay precedentes,—insinuó el otro.

—Sí,—añadió Cibo,—los dos duelos sucesivos de Henry de Péne.

—Lo que da autoridad al caso,—concluyó Pietrapertosa.

—No hay autoridad que valga,— exclamó de nuevo Montfanón.—Por mi parte sé que no he venido aquí para asistir á una carnicería, y que no asistiré. Yo me marchó, señores, y sospecho que ustedes harán lo mismo, pues no creo que irán ustedes á buscar los cocheros para que sean testigos. Adios, Dorsenne. No dude usted de mi amistad. Creo dar á usted una prueba verdadera de ella no permitiendo que usted se bata en tales condiciones.

Cuando el viejo gentil hombre entró en la posada, esperó diez minutos, persuadido que su partida determinaría la de Cibo y Pietrapertosa, y que aquel asunto se ventilaría al día siguiente. No había mentido. Su viva amistad por Julián era la que le había hecho rechazar un duelo organizado bajo un justo furor. La incalificable violencia de Gorka no permitía ciertamente evitar aquel segundo encuentro; pero cuanto más ultrajoso había sido el insulto, más importaba que las condiciones del combate fuesen fijadas friamente y tras severa discusión. Para engañar su impaciencia hasta ver reaparecer á los cuatro jóvenes, Montfanón preguntó al posadero dónde había sido llevado Florent, y subió al primer piso de la casa, á la estrecha habitación donde el médico acababa de curar al herido.

—Vea usted— dijo este último, con sonrisa de sufrimiento, pero tranquila.—Tendré para un mes. ¿Y Dorsenne?

—Espero que venga,— respondió Montfanón, que añadió con su mal humor exasperado:—Dorsenne es un loco y Gorka una bestia feroz, que será preciso matar como á un lobo rabioso.

Y contó lo sucedido, á los dos hombres, tan estupefactos, que el doctor se detuvo en su cura con la venda en la mano.

—Y quieren batirse en seguida como dos pieles rojas. Y ese Cibo y ese Pietrapertosa hubieran consentido en el duelo si yo no hubiera dado el alto. Felizmente les faltan dos testigos, que no es fácil encontrar en la campiña romana, dos valientes testigos que sepan firmar un acta, puesto



que es el sistema de hoy en día. Uno de mis amigos y yo hemos tenido testigos de esta clase; á veinte francos la pieza. Pero era en París en el 62.

Y habló de aquel lejano caso para engañar una inquietud que estalló de nuevo, en palabras entrecortadas.

—Parece que no se deciden á separarse. No es, sin embargo, posible que se batan. ¿Se les podrá ver desde aquí?

Y se aproximó á la ventana, que se abría en efecto sobre el cercado.

El espectáculo que se presentó á sus ojos llevó al último grado la agitación del excelente hombre, que gritó:

—¡Desdichados! ¡Pero eso es una monstruosidad! ¡Todos están locos! Han encontrado testigos. Esos dos cazadores de abajo. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

No pudo continuar. El médico también se había precipitado á la ventana para ver lo que iba á pasar, sin advertir que Florent se arrastraba á su lado. ¿Permanecieron allí unos minutos, un cuarto de hora ó más tiempo? Jamás se pudieron dar cuenta de ello, tanto les paralizó el terror. Como

Montfanón había presentido, las condiciones del duelo eran terribles, pues Pietrapertosa, que parecía dirigir el combate, después de haber medido un espacio de unos cincuenta pasos, se disponía á trazar en medio dos líneas, distantes una de otra 10 ó 12 metros apenas.

—Han escogido un duelo avanzando...—gimió Montfanón, á quien su convencimiento en la mate-



ria no engañaba.—Una vez puestos frente á frente Dorsenne y Gorka, avanzan, en efecto, ya levantando, ya bajando su arma con la lentitud de dos adversarios dispuestos á no errar. Partió un primer tiro. Era el de Boleslas. Dorsenne no fué tocado... Faltaban todavía algunos pasos para llegar al límite, y él los dió, deteniéndose para apuntar al otro con tan evidente intención de matarle, que se oyó distintamente gritar á Cibo:

—¡Pero tire usted... por Dios! Tire usted.

Julián apretó el gatillo como si hubiese obedecido instintivamente á aquella orden incorrecta, pero demasiado natural para ser notada. El tiro salió, y los tres espectadores de la ventana lanzaron una exclamación simultánea viendo bajarse el brazo de Gorka, dejando escapar la pistola de su mano sin que el hombre cayese.

—No es nada—exclamó el médico.—Un brazo roto.

—Dios ha sido con nosotros mejor de lo que merecíamos—dijo el Marqués.

—He ahí en reposo á ese furioso. ¡Bien Dorsenne!—dijo Florent, que pensaba en su cuñado, y que añadió con alegría apoyándose en Montfanón y en el médico para volver al canapé:—Acabe usted pronto, doctor. Se va á tener necesidad de usted en seguida abajo.

